

Puntos de fuga

Estocada pandémica: lo singular como estrategia (Un zoom en abril será un artículo en noviembre)

ALEJANDRA CHINKES

“Cada dispositivo tiene su régimen de luz, la manera en que esta cae, se esfuma, difunde, al distribuir lo visible, al hacer nacer o desaparecer el objeto que no existe sin ella” (1)

Como queda anticipado en el subtítulo, estas palabras surgen de una reescritura de lo que presenté en una comunicación virtual del Centro Dos el 17 de abril último, en la que, junto a otros colegas, hablamos sobre nuestras experiencias en la práctica del psicoanálisis a partir de lo que se llamó “cuarentena”. (2)

En esa oportunidad comencé aclarando que lo que quería presentar era efecto de conversaciones con colegas, de lo que había estado leyendo y escuchando por medios audiovisuales y del trabajo en mi propio análisis. Con eso quise resaltar que ninguna aproximación existiría sin esos eventos.

El encuentro tuvo la intención -por lo menos así lo interpreté- de transmitir una posición. Me parece que podría arriesgar y llamarla posición ética: **continuar apostando al trabajo analítico, a la práctica analítica** que se venía realizando antes que nuestra ciudad entrara en modo pandémico. **Continuar con esta praxis, definida por Lacan a la altura del Seminario 11, como la acción que le da posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico.**

Ahora bien, esa posibilidad de **continuación** requirió -en primer lugar- advertir que hubo un **quiebre**, una **ruptura**, una **rajadura**. “Acontecimiento” nominarán algunos, “irrupción de un *real*”, otros.

Para los que practicamos el psicoanálisis en CABA, por ejemplo, hasta el viernes 20 de marzo del 2020 teníamos un modo de atender- como decimos coloquialmente- que implicaba algo que nos parecía dado, obvio y fundamental: “simplemente” encontrarse con los pacientes en los consultorios. Esto lo considerábamos un primer piso, para luego y a partir de allí, disponernos a la experiencia, dado que sabemos que nada está garantizado de antemano. Es cierto que algunos ya habíamos explorado sesiones telefónicas o de modo virtual con algunos analizantes, pero se trataba de decisiones puntuales y establecidas a partir de condiciones transferenciales específicas.

Sin embargo, de un día para otro, eso tan habitual y que considerábamos fundamental en nuestra práctica ya no fue posible. Estábamos en “cuarentena”. Significante que, enunciado por las máximas autoridades nacionales y en el contexto de una pandemia, pasó a tener un valor performativo. Es decir, “cuarentena” se transformó en esas palabras que **hacen algo** cuando son dichas, que no son meras expresiones o descripciones. (3)

Entiendo que ese **algo que hace, que nos hace**, es lo que estamos empezando a tratar de

bordear, de sopesar en conversaciones y primeras escrituras.

Entre las cuestiones que ya podemos ir ubicando, es que ha ocurrido una “**pérdida**” y creo que conviene usar este término con toda la resonancia que le damos en psicoanálisis. Me gustaría además caracterizarla como **pérdida a secas, sin recupero** parafraseando a Allouch cuando trabaja la cuestión del duelo.

Y es desde allí que me pregunté ¿qué venimos haciendo con esta pérdida? Entendiendo que **lo singular** será justamente **ese hacer**. Es decir: no hay un único modo de tratar la pérdida y no tiene sentido aconsejar buenos modos, pero tiene consecuencias lo que se haga con ella. Entonces, aquí va -en primera persona- **un** modo:

En los primeros días, es decir luego del hito del 20 de marzo, empecé a registrar un excesivo cansancio, que relacionaba con los inicios de atender por teléfono, Zoom, Skype o WhatsApp a los primeros pacientes y a los grupos de trabajo e intercambio con colegas que apostaron, también, a continuar. Supuse que este cansancio se debía solamente a los desperfectos técnicos que trae aparejado el uso de esta tecnología y a mi falta de experiencia en el tema. (Sumado a las actividades domésticas, el alcohol al 70% y la lavandina del día a día).

En los intercambios, los colegas también decían estar **muy** cansados. Por lo tanto, en un primer momento, lo tomé como: *¡Y, sí! ¡es lógico, todos estamos más cansados!* Y me dije: algo vamos a tener que pensar sobre este cansancio...

En simultáneo mi familia me hizo saber que estaba hablando muy fuerte, por no decir que casi gritaba cuando atendía por teléfono o WhatsApp. Al reparar en ello advertí que era así y que se relacionaba directamente con este exceso de cansancio al que les hacía referencia.

Avanzando un poco más, me pregunté por qué hablaba de esta manera y me encontré diciendo que lo hacía porque “*así me escucharían mejor*” (obviamente algo ridículo para el tipo de comunicación con estos dispositivos). Advertí, entonces, que estaba haciendo un esfuerzo extra para “llegar” al oyente. Para alcanzar al otro.

Y así fue que ubiqué que en este **exceso** se estaba jugando un modo -singular- de respuesta a esta “pérdida”, que consistía en intentar recuperar. ¿Recuperar qué? En principio, un modo en el que me reconocía como analista o como docente, un modo que como tal ya no es posible. Que el cansancio, al que llamo sintomático, estaba allí como una señal, como un mensaje a escuchar.

Me alivió reconocer que hablar por teléfono no es, ni nunca va a ser, como encontrarnos coincidiendo en el espacio físico con el otro. Que los cuerpos y la dimensión del tiempo quedan afectados de un modo que aún estamos tratando de precisar. Que se trataba de una pérdida sin recupero. Esta suerte de efecto interpretativo que tuvo para mí este recorrido que les estoy compartiendo, tuvo su constatación en una menor sensación de cansancio en los días que siguieron.

Recién entonces -al **darle lugar** a lo que no va a ser, a la rajadura, o como decidamos nominar este **imposible**- empecé a entusiasmarme con lo que sí es **posible** en la práctica analítica que sostenemos actualmente gracias a los dispositivos virtuales.

Menciono algunas novedades o acentuaciones, de las que vengo tomando nota:

-En las primeras sesiones en “cuarentena” fui constatando lo significativo que resultaba rescatar las modalidades singulares con cada analizante, sobre todo en los primeros momentos en que el discurso común exacerbaba las respuestas generalizadoras. Consejos del estilo de: “hay que” tener rutinas, hacer gimnasia, tejer. O, todo lo contrario, “no hay” que tener exigencias, levantarse temprano, trabajar hasta tarde, etc., estuvieron a la orden del día.

En este sentido, advertí cuánto del malestar se aliviaba cuando con algún analizante retomábamos el hilo de lo que veníamos situando en sesiones anteriores, e incluso empezaron a asomar algunos que, con cierto pudor, podían decir que los mejoraba “la cuarentena”, por las razones más diversas.

-Dado que estamos atravesando un fenómeno como comunidad, en el que psicoanalistas y analizantes quedamos implicados, me pareció interesante resaltar en el intercambio con colegas, la importancia de despejar el sentido común en ciertos términos recurrentes como “encierro”, “aislamiento”, “privacidad”, “cansancio”, etc. Tal vez fue necesario decírnoslo (esto que es el “abc” de nuestra práctica) porque podía ser más fácil que quedáramos capturados en esta ocasión.

-Respecto a la relación con el espacio que quedó tan conmovida en la actualidad, tomó todo su vigor lo que decimos habitualmente: que la espacialidad que hace al fundamento de la práctica se constituye en el interjuego de palabras y silencios que se despliegan en el diálogo analítico, en ese “entre” analista y analizante. La dimensión de la transferencia, entonces, implica *otra* espacialidad que la *euclidiana*. Una vez más la topología nos sacudió y reorientó en una praxis que, con palabras y algunas “otras yerbas”, toca e inventa.

-En las sesiones por teléfono comencé a afinar la escucha, a captar el privilegio que tiene la voz, sus matices y resonancias, así como el modo particular en que juegan los silencios. También resultó interesante prestar atención al montaje de la imagen que se hace presente en las sesiones con videollamada. El cuadro que se recorta en la pantalla empieza a formar parte de lo que se “dice” en sesión. Por ejemplo: desde qué lugar nos hablan cada vez, si se sientan, acuestan, caminan, dejan la T.V como ruido de fondo, si entran sonidos de familiares o mascotas, etc. Estar atenta a estos aspectos me permite ponerlos en juego con mayor soltura y al servicio de la táctica que convenga cada vez.

-Últimamente estoy sensible al momento de la “llegada” y de la “despedida”, que tienen la particularidad de que, con solo tocar un ícono, nos encontramos o dejamos de estar con el otro. Lo que se significa como “facilidad y liviandad”, en algunos casos, para salirse de una escena; puede ser “corte brusco” para otros. En ese universo de cuestiones detecto la pérdida de los “entretiempos”, de esas caminatas para llegar o irse. De ese recorrido que implica un cambio de situación. Esperas, llegadas tarde y puntualidades que ya no dependen del tránsito o los piquetes.

-Una última observación: en la escena que se produce mediatizada por el teléfono o las pantallas hay algo de cada uno que queda en *reserva*, que no está puesto en el encuentro con el otro. Lo cual hace posible que, por ejemplo, alguien esté vestido de un modo que no lo haría si el otro estuviera presencialmente o, que se realicen determinadas actividades extra escena, sin que el otro lo advierta. Me pregunto sobre la incidencia de esto en cada tratamiento.

Hasta acá algunas notas, primeras aproximaciones, que surgen de un año en el que una pandemia nos dio una estocada inesperada. ■

Notas

(1) Deleuze, G., *¿Qué es un dispositivo?* (1988), artículo citado en Revista Nudos en Psicoanálisis, Nro. 5, “Dispositivo analítico”, Comentario Editorial y Sobre el uso del término dispositivo.

(2) “Sostener las Transferencias” Actividad virtual organizada por Centro Dos el 17 de Abril del 2020. Coordinación: Isabel Carraro. Invitados a disertar: Gabriela Insua, Victoria Márquez, Eduardo Urbaj y Alejandra Chinkes.

(3) Austin, J. L., *Cómo hacer cosas con palabras*, (1971), Recopilación de conferencias dictadas en 1955, Paidós Studio.

El presente texto ha sido publicado en el No. 10 de la revista de Centro Dos, Nudos en psicoanálisis: www.revistanudos.com.ar